

Poder y resistencia en la periferia. Replanteando algunos temas críticos para los años 90

Slater, David

David Slater: Investigador del Centro de Estudios y Documentación Latinoamericanos - CEDLA, Amsterdam.

No sólo resulta posible advertir la existencia de una crisis en el desarrollo del Tercer Mundo - una crisis que se ha vuelto a tal punto crónica en varias partes de la periferia que algunos escritores hablan de una crisis en el uso mismo del término «crisis» - sino que también debemos prestar atención a la persistencia de una crisis en la teoría del desarrollo. Las teorías y perspectivas críticas han sido sometidas a un proceso de «resemantización»; tanto las ideas de «impasse», como de fragmentación tienden hoy a aparecer con una regularidad extraordinaria .

Una respuesta a este estado de incertidumbre generalizada ha consistido en afirmar la sustantividad de los movimientos sociales y de resistencia a los diferentes aspectos de la crisis del desarrollo; con la misma vehemencia ha tenido muy buena acogida la tendencia hacia la reafirmación de temas socio-políticos, conectada con una crítica a modos de análisis econocéntricos. En estas páginas quiero tratar dos temas interrelacionados: 1) la problemática del desarrollo y 2) los problemas del poder y la resistencia. Pondré énfasis sobre los sentidos y los modos de reflexión; el contexto será, en sentido amplio, el latinoamericano, y el argumento será ilustrativo más que empírico.

El desarrollo en tiempos de desencanto

En varios países del Sur, la década del 80 ha sido descrita como una «década perdida» (Banco Mundial, p. III). En América Latina y Africa la declinación del producto por habitante, la creciente carga de la deuda, las tendencias negativas en el nivel de los salarios reales, el aumento del desempleo y subempleo urbanos, el ahondamiento de las desigualdades en los ingresos y la urbanización de la pobreza, son apenas algunos de los más y mejor conocidos rasgos de la crisis económica (Ghai/Hewitt de Alcántara). Esta lista parcial podría ser ampliada, pero me interesa considerar, ante todo, esa frase de «década perdida».

Los 80 han sido una década de «ajustes estructurales», de despliegue de la doctrina neoliberal, de imposición de un nuevo esquema de «disciplina financiera» y de «modernización del Estado» (Fishlow). Los contenidos de los paquetes de «ajuste estructural» son bien conocidos; encontramos, entre otros elementos, devaluación, aumentos en los precios de los productos y salarios reducidos, congelados, o en todo caso declinación de ingresos reales, eliminación de subsidios y privatización generalizada. Los conceptos estratégicos son: reducir, diferenciar, despedir y disciplinar. «Ajustar la estructura» es mucho más que un ejercicio para los economistas. Brevemente, permítasenos un ejemplo - Bolivia post 1985 -.

En 1985 un gobierno que había sido recientemente elegido proclamó una Nueva Política Económica (NPE), que se sostuvo en la creencia de que la causa de la crisis del país era el Estado, y su solución era el mercado. La NPE fue implementada con la cabal violencia institucionalizada del Estado. La suspensión de las garantías constitucionales y los derechos para los líderes de los sindicatos y de los partidos políticos, las detenciones internas y la represión de las manifestaciones formaron parte del conjunto de medidas. De manera paralela, el gobierno se lanzó a un programa concertado para crear desempleo a través del cierre de industrias y del despido de más de 23.000 trabajadores de la Corporación Estatal de Minas; al mismo tiempo, se privatizaron sectores del Estado al tiempo que otros (educación y salud) fueron drásticamente reducidos. La informalización de la economía avanzó aceleradamente, y la desocupación urbana creció de 5,8% en 1985 a 10,2 en 1989 (CEPAL, p. 18). La dolarización de la economía y la expansión de la producción de coca se reforzaron mutuamente. Respecto a la difusión del discurso oficial, el gobierno ajustó los tornillos a los canales de información de la oposición y legisló la expansión del número de estaciones de TV privadas. La trama esencial del discurso gubernamental se encadenó con conceptos tales como salvar a «la Patria» a través del modelo de acumulación privada, concertando la «necesidad racional» de «administrar los recursos escasos» con las políticas del monetarismo y poniendo de relieve la necesidad de competitividad en el contexto de la «auto-regulación» del mercado. Finalmente, como lo expresa Torrico, el gobierno combinó simulación con disimulo: simuló la idea de un «milagro boliviano», basado en la caída de la inflación, pero ignorando el crucial lavado de los coca-dólares que hacía el Estado, y disimuló los reales costos sociales proyectando la imagen de una sociedad que aceptaba las políticas del Estado. El ejemplo de Bolivia no es, por supuesto, el único.

En diciembre de 1990, el entonces nuevo presidente peruano, Fujimori, sentenció que «no podemos vencer la crisis económica y fiscal sin reducir la maquinaria del

Estado y hacerlo más eficiente». Un exceso de burócratas tendrían que irse, así como también un exceso de trabajadores¹; el propósito es, sobre todo, «estructurar y modernizar el Estado» (Andean Group Report, 31/1/91). En otras regiones del continente, la ola de privatizaciones y desregulaciones continúa corroyendo y disipando las tradicionales funciones sociales y económicas del Estado-nación. Una de las consecuencias ha sido que, en términos de creación de puestos de trabajo, el rol del Estado ha comenzado a ser una pálida sombra de lo que era en tiempos pasados.

Por ejemplo, si tomamos a América Latina como totalidad, entre 1980 y 1987 el Estado fue responsable de sólo el 17% de la creación de todos los nuevos puestos de trabajo. El sector privado dio cuenta de una aún menor participación: 5%. La fuente de la diferencia - 78% de todos los trabajos - debe buscarse en la «economía informal», o más precisamente en las pequeñas firmas con menos de diez empleados (las microempresas). Los círculos oficiales han adjudicado estas pequeñas unidades a la «economía popular» (ecos de la difusión de las ideas thatcheristas en América Latina). Algunos autores han hecho una versión romántica del así llamado «capitalismo popular», ignorando en gran medida el hecho decisivo de que son una respuesta a necesidades horribles. Por ejemplo, una estimación presentada durante un seminario en Caracas, mostró que los ingresos en la «economía popular» se habían retraído en cerca de una tercera parte en el período 1980-1987, mientras que los de la gente empleada en industrias y establecimientos «formales» se había retraído en la mitad, como mucho. De este modo, también se puede sostener que las microempresas aparecen como el resultado no de la libre elección, sino de la combinación de cada menos trabajos con cada vez más bajas ganancias en el sector público y privado (Latin American Weekly Report, 13/12/90, pp. 6-7).

Esta conclusión puede ser sostenida por analistas del mercado de trabajo tales como Tokman (p. 38), quien desarrolla la hipótesis de que hubo tres cambios importantes en este campo: el número de puestos de trabajo decreció, la calidad de los trabajos se ha deteriorado y los ingresos del trabajo han caído. Por otra parte, junto con la retirada socio-económica del Estado, el peso de la deuda, el crecimiento de la pobreza, el subempleo y el deterioro del bienestar, no debe olvidarse que hay también un importante factor demográfico en juego. Por ejemplo, en América Latina, en 1988, alrededor del 55% de la población estaba por debajo de los 25 años

¹Se ha estimado que cerca del 70% de la población de Perú está por debajo de la línea de pobreza; 25% están calificados de indigentes, lo que significa que no pueden proporcionarse la alimentación adecuada. Solamente unos de cada cuatro peruanos en edad trabajadora está hoy empleado en tiempo completo, y más de la mitad de la población, carece de agua potable para beber y servicios sanitarios (Latin American Weekly Report, 21/2/91, p.2)

de edad y en algunos casos la población joven, por debajo de los 25 años, representa alrededor de la mitad de la desocupación urbana. Sería posible avanzar en esta línea de argumentos tanto más cuanto más evidencia estadística haya. Este, sin embargo, no es mi propósito aquí. Por el contrario, quiero enfatizar dos puntos.

1. En primer lugar, se olvida con frecuencia que las políticas del neoliberalismo, que en sus representaciones más descarnadas significan una celebración de lo privado y una denigración de lo público, están enraizadas en la filosofía política del individualismo posesivo. Las políticas económicas no son un fin en sí mismas; por el contrario, son uno de los medios para implantar esa filosofía. Se ha señalado, correctamente, que América Latina no tiene una deuda externa si tenemos en cuenta el valor de la narco-economía. Del mismo modo, el capitalismo de la cocaína representa una versión extrema del individualismo posesivo, quizás del super-individualismo. Los narco-monarcas han aprendido las lecciones del ajuste estructural, y están actuando de acuerdo con su interpretación de las «estructuras» y su concepción del «ajuste». Los efectos sociales de sus estrategias son tan letales como la eficiente ejecución de las políticas del FMI, y además, ambas se refuerzan mutuamente. En ambos casos, lo público es desgastado y lo privado es robustecido; en ambos casos la violencia y la alienación se refuerzan; en ambos casos la legitimidad del Estado es corroída, si bien, en un caso, a causa de la incapacidad de ofrecer protección física a los ciudadanos, y en el otro, por la incapacidad para proveer facilidades de bienestar y servicios sociales básicos.

2. En segundo término, las políticas de lo que ha sido justamente denominado como «sado-monetarismo» se describen a menudo en términos de «ajuste estructural». Algunos han ido más lejos al sugerir que sería mucho más apropiado usar el término «malajuste estructural». Lo que se nos plantea aquí es una cuestión crucial de nomenclatura o clasificación. La elección del término «ajuste estructural» no fue, obviamente, accidental. En nuestras vidas hay siempre ocasiones en que un ajuste es necesario y benéfico; quizás la vida pueda ser vista como un largo y continuo proceso de «ajuste». Estar de manera implacable contra las estructuras de ajuste, tanto como oponerse a desbaratar o mutilar las estructuras, significaría tener la actitud de un individuo dogmático e inflexiblemente irrazonable. Pues el «ajuste estructural» suena eminentemente irrazonable, libre de parcialidad o prejuicio, y sobre todo, benéfico para todos aquellos a quienes involucra. Como medicina peligrosa, si quiere ser administrada con buen resultado, necesita una etiqueta atractiva. En los momentos actuales, la doctrina neo-liberal de los años 80, tal como se aplica en la periferia, representa un nuevo giro de la dominación estructural. Pero su éxito tan prolongado requiere el desarrollo de un proceso hegemónico, o lo que

Gramsci denominó una «revolución pasiva». Es en este contexto en que las nociones de mercado, de lo individual, de la pobreza, de la auto-realización, del individualismo posesivo, se despliegan para sostener las políticas abiertamente económicas de reestructuración y desregulación.

Por otra parte, estas nuevas formas de penetración van juntas con un creciente rol de exhaustiva evaluación; la economía del Tercer Mundo es chequeada continuamente como un cuerpo bajo supervisión médica. El pobre se convierte en «blanco» para el «desarrollo»; se sostiene oficialmente que la política debe «tender la mano» al pobre. Lo que nosotros estamos viendo en esta ocasión es una entrega global del pobre a la policía. Aun más, en esos países donde la inserción del capitalismo de la cocaína ha creado el fenómeno del narco-poder, en Bolivia, Colombia y Perú, el problema de las drogas se está usando como pretexto para el crecimiento intervencionismo de Estados Unidos.

El problema de poner nombres no es sólo relevante en el contexto de «ajuste estructural» versus «dominación estructural»; también es esencial en relación al «desarrollo» mismo. Es por todos conocido que una de las primeras acometidas de la teoría de la dependencia fue directamente contra el universalismo etnocéntrico de las nociones occidentales de modernización y desarrollo. El verbo «desarrollar» un país adquiere su peso en la radical literatura del Tercer Mundo que buscó invertir las categorías de los estudios del desarrollo occidental. En este dominio, las corrientes más críticas de la dependencia representaron la primera expresión importante de una emergente «literatura de combate», para usar la vieja pero eterna frase de Fanon. En un pasaje memorable, escribió que «porque es en sí mismo una negación sistemática de las otras personas, y porque tiene una furiosa determinación a negarle a las otras personas todos los atributos de la humanidad, el colonialismo fuerza a los pueblos a hacerse constantemente la pregunta: "En realidad, ¿quién soy yo?"» (p. 200). Aun cuando no lo suficiente ni radical en su negación, la teoría de la modernización intenta implantar en la periferia las semillas de un pensamiento del Tercer Mundo imitativo. La Dependencia, antes que cualquier otra cosa, fue un repudio de este proyecto de subordinación.

En el desarrollo teórico posterior la tradición crítica se dirigió al análisis de los modos de producción, el intercambio desigual, el sistema mundial y, finalmente, la división internacional del trabajo. Las perspectivas globales, ya en el trabajo atterradoramente eurocéntrico de Warren, o en el detallado análisis económico de Fröebel, Heinrichs y Kreye, vinieron a ejercer, desde el comienzo de los años 80 en adelante, una creciente influencia sobre las direcciones de investigación extremas del

Primer Mundo sobre el Tercer Mundo. En el Tercer Mundo, y en particular en América Latina, la investigación crítica, cuando fue posible, comenzó a seguir una serie de nuevos caminos, en relación muy estrecha con las cuestiones políticas relevantes del día. Discusiones sobre el Estado, sobre el «autoritarismo burocrático», sobre las posibilidades de la democracia, sobre el impacto de las nuevas formas de internacionalización, y sobre las especificidades concretas de los procesos sociales y políticos, condujeron más recientemente a los análisis de los movimientos sociales, para captar el sentido de la diversidad y del compromiso.

En el corazón de los espacios académicos del Primer Mundo, la teoría del desarrollo, en sus representaciones más críticas, confirmó la soberanía conceptual de lo económico. Las perspectivas globales, ya a través del trabajo de la escuela de Wallerstein, del nuevo desarrollo de las ideas en el NIDL (New International Division of Labour), o más retrógradamente en las versiones modificadas de las tesis de Warrenite sobre el desarrollo capitalista, todas se centran en la economía internacional. Si bien están lejos de ser idénticas, las escuelas de Wallerstein y NIDL, sostenidas a través de sus más recientes trabajos por Frank y Amin, subrayaron la centralidad de la clase y la producción. Quiero agregar que esta centralidad continúa en el presente, y que aun en algunos estudios sobre los movimientos genéricos y sociales, el análisis de clase y el modo de producción ejerce una influencia fundamental en la trayectoria de los estudios críticos sobre el desarrollo.

En algunos casos, y no obstante su frecuente reduccionismo de clase, las ideas de dependencia, especialmente en el contexto de la subordinación externa y las formas de penetración, han sido caricaturizadas y descartadas. El pensamiento de Fanon, mencionado más arriba, podría ser apto hoy para que algunos radicales se autocontemplen con una sonrisa afectada de «saber». Y todavía la cuestión de la subjetividad y el poder es completamente fundamental. En un sentido al menos, es decir en relación a las ideas de poder externo y subordinación, pero también en cuanto a la necesidad de resistencia, por muy vagamente que se expresen, hay aun algún significado que recobrar y recuperar de la tradición de la dependencia, y tanto más se lo necesita hoy.

No es mi intención desarrollar una argumentación sobre los modos en que la teoría crítica del desarrollo pudo ser repensada y rearmada. Pero baste decir que la teorización de las relaciones internacionales no tiene por qué seguir la ortodoxia conceptual del análisis de clases; hay ya una nueva literatura creativa post-estructuralista que se desarrolla sobre políticas globales (Der Derian /Shapiro), que podría ser usada mucho más en los estudios del desarrollo en el Tercer Mundo. A partir

de la teorización del Estado como uno de los principales espacios de poder, se podría evitar caer en la priorización de lo económico. Finalmente, la cuestión de la resistencia, vinculada a la discusión de la democracia y el socialismo, no debe ser colocada en el contexto de los «intereses objetivos de clase» y los actores sociales pre-existentes. Las políticas pueden hacerse sobre la construcción y la creatividad; de formas abiertas y no fijas; hay que tomarlas como un futuro sin garantías, como un horizonte para ser pensado y discutido.

Movimientos sociales en el Sur: ¿un nuevo horizonte político?

Escribiendo en 1990, un periodista ecuatoriano descubrió el argumento según el cual el imperialismo ha recuperado la iniciativa, tanto política como ideológicamente; que la estrategia de guerra de baja intensidad ha logrado algunos de sus resultados más deseados: el aislamiento de los procesos revolucionarios en Guatemala y El Salvador; la imposición, a través de la intervención militar de un gobierno incondicional en Panamá; la derrota de los sandinistas, y esfuerzos para aislar la revolución cubana. «Todos estos factores», se sugiere, «junto con la crisis del socialismo, colocan a los movimientos populares urbanos y a otros sectores populares en una situación muy difícil» (Ortiz, p. 8). Sin embargo, a pesar de esas dificultades, hay continuas movilizaciones y nuevas formas de iniciativa popular, incluyendo la redefinición de los métodos de lucha.

Hay también una razón práctica, política, para mirar más de cerca estos movimientos sociales. Del mismo modo, existen otras consideraciones afines que proporcionan una base para los crecientes análisis de los movimientos y, en particular, el fenómeno de los «nuevos movimientos sociales». Quisiera mencionar tres puntos de análisis.

1. En primer lugar, es importante subrayar el desarrollo continuo del interés en la mediación y la subjetividad. A raíz de una desilusión creciente y una oposición a las certidumbres aparentes del análisis de clase, la cuestión de la constitución de los sujetos sociales y su potencial relación con la acción colectiva y la gestión política, se ha vuelto cada vez más importante en el análisis del cambio social. En este contexto analítico, el estudio de los movimientos proporciona un punto de convergencia y, en algunos casos, la cristalización para algunos de los argumentos teóricos y políticos que atraviesan ese tan vasto territorio.

2. En segundo lugar, y de manera relacionada, las controversias que rodean la potencial relevancia política de los movimientos sociales, y especialmente en relación

con los significados diferenciales de la democracia, han tendido a afluir y a reforzar la importancia de las discusiones sobre los nexos sociedad-Estado.

3. Por último, en una época muchas veces caracterizada por la noción de «razón cínica», o el «fin del criticismo social», y en la que, como hemos visto anteriormente, los preceptos del neoliberalismo y el individualismo posesivo han tendido a volverse cada vez más hegemónicos, que se hayan diseminado movimientos de protesta, que a menudo llegan a tener vida más allá del ámbito específico de prácticas institucionales establecidas, ha engendrado un sentido de la esperanza, y mantenido abierta, por más tenuemente que sea, la posibilidad de otros horizontes. El optimismo del deseo ha generado una nueva dinámica.

El crecimiento del interés en los nuevos movimientos sociales ha tenido un paralelo en el relativo declinar del impacto del movimiento del trabajo. En América Latina también esto ha sido un factor relevante. Por ejemplo, quedó lo suficientemente claro que hacia mitad de los 80, la proporción de afiliación cayó en un número de países, como resultado de la recesión económica y de ataques directos sobre los gremios. Sin embargo, también hubo una tendencia hacia una mayor separación de la fuerza de trabajo de las burocracias sindicales, con el establecimiento de movimiento de trabajadores más independientes² en varios países.

Los nuevos movimientos sociales - ecología, pacifismo, anti-nucleares, derechos humanos, barriales y feminismo - se han desarrollado con - quizás - un impacto más fuerte en el Primer Mundo, pero también en América Latina y otras partes del Sur; algunas de esas clases de movimientos han emergido también al final de la década. ¿Cómo podemos hablar de novedad de esos movimientos? En un intento descriptivo, los cuatro puntos siguientes pueden ser indicadores.

1. A menudo se pone mucho énfasis sobre los símbolos y los signos, y en forma relacionada, hay un vínculo sustancial con la información y el conocimiento. Los intentos de producir lecturas alternativas del discurso oficial en las áreas de estrategia nuclear, planificación del entorno, necesidades de la familia y ciudadanía, reflejan la carga política que está enclavada en esta formulación, presentación y diseminación de la información y el conocimiento contemporáneos.

2. Un segundo elemento concierne a las formas como los nuevos movimientos sociales encarar sus políticas, haciendo crujir los viejos espacios establecidos antes

²Para una información detallada sobre éstas y otras tendencias, v. *Latin American Weekly Report*, SR-88-02, 4/1988.

divididos entre público y privado. Formas de vida diferentes y una sociedad que cambia, no pueden ser vistas como cosas separadas; las prácticas sociales de la vida de todos los días han producido significados políticos, de la forma más notable como un efecto del movimiento de las mujeres, pero también en relación a los usos y abusos cotidianos del entorno urbano y rural. A esto se agrega que los nuevos movimientos sociales llevan dentro de sí los «laboratorios de experiencia» a menudo en los sistemas - creados entre los semi-sumergidos - de cooperación y solidaridad. Esto también implica nuevas formas de creatividad simbólica - la producción de nuevos sentidos intrínsecamente vinculados al sentimiento, la energía, la excitación y el movimiento psíquico -.

3. Con el debilitamiento del mito racional del progreso unilineal, los nuevos movimientos sociales no ven sus objetivos y acciones en términos de una misión necesariamente histórica, o como un paso a lo largo del camino de la revolución. Experimentar la acción colectiva y ser parte de un proyecto colectivo puede entenderse como un fin en sí mismo - para Melucci, esto le da relieve a la noción de «nómadas del presente» -.

4. Por último, se puede proponer una nueva combinación de lo global con lo local. En consecuencia, mientras el horizonte de muchos de los nuevos movimientos sociales es global, más claramente en el caso del movimiento ecológico, hay una enorme pertinencia social para la localidad inmediata, para aquello que está espacialmente cercano - una base aérea, una industria que contamine, o un proyecto urbano -.

Es la asociación de este tipo de elementos la que vuelve al viejo modelo de análisis de los conflictos sociales completamente redundante. La idea de que un movimiento o un agente puede ser interpretado según su ubicación en la estructura social «partidos pequeño-burgueses, movimientos de clase media»; la conexión dispuesta entre las etapas históricas del desarrollo capitalista y las expresiones ideológicas; y la idea de que la identidad de los agentes sociales fue constituida por el nivel económico, mientras sus intereses fueron representados a otro nivel político, a través de, por ejemplo, el partido - todas estas líneas de análisis son de escasa ayuda si queremos dar cuenta de la multiplicación de los espacios políticos producidos por los nuevos movimientos sociales.

En el pasado, y ocasionalmente aun en el presente, las tradicionales discusiones marxistas sobre el socialismo y la democracia estuvieron basadas, invariablemente, en la supuesta centralidad del proletariado. Sin embargo, hacia finales de los 80, el

problema que enfrentó la izquierda fue no ya cómo establecer un sistema de alianzas para un sector social ya constituido, sino más bien cómo constituir como unidades a aquellos mismos sectores sociales que, se suponía, participaban en las alianzas. La tarea de la construcción política, más que una rígida y fija oposición a las fuerzas y tendencias de cambio, entraña la creatividad - reconocer la importancia de recuperar elementos del pasado del proyecto marxista mientras al mismo tiempo se generan nuevas ideas dentro de un imaginario político más abierto -. El propósito de esta perspectiva sería la articulación en una nueva configuración de identidades diferentes, proyectos diferentes, aspiraciones diferentes - el objetivo no sería reflejar, sino construir una «unidad fuera de la diferencia» -.

Para algunos escritores, el potencial radicalmente democrático de los nuevos movimientos sociales se apoya en su implícita demanda de una visión de la sociedad críticamente abierta y no previamente fijada; para otros, es el continuo esfuerzo hacia la democratización que realizan, incluyendo la importancia de las transformaciones culturales y socio-psíquicas.

Autonomía, solidaridad, participación directa y democracia, todos estos elementos pueden remitir a la construcción de nuevos valores y prácticas políticas dentro de los nuevos movimientos sociales. Esto no significa afirmar que todos estos valores sean equivalentes, puesto que, por ejemplo, un mundo de movimientos puramente autónomos no sería un espacio del todo democrático. ¿Cuál sería el resultado si los movimientos de mujeres o los ecologistas fueran totalmente indiferentes a la discriminación racial o las intervenciones imperialistas en el Tercer Mundo? ¿O si el movimiento ecológico no luchara también contra las prácticas sexistas?

De manera similar, un sobre-énfasis en la autonomía de los movimientos sociales que excluya los intereses políticos en un sentido amplio, ignora el hecho de que los discursos neoconservadores cada día se desarrollan y despliegan con mayor asiduidad. Estos discursos pretenden, por ejemplo, dividir el potencial vínculo entre las demandas anti-sexistas y anti-racistas, mientras que una lucha democrática presentaría esas demandas unidas dentro de un vasto proyecto político, aunque no necesariamente dentro de los límites de un partido. Por estas razones, es importante poner de relieve que los movimientos sociales no son ipso facto políticamente progresistas o internamente libres de las divisiones políticas. No hay, a priori, un nivel político preestablecido que pueda ser cargado sobre las espaldas de los nuevos movimientos sociales. Una parte de su novedad es su naturaleza indeterminada, de libre flotación, que permite una variedad de corrientes y discursos políticos para ar-

ticular y situar los significados de esos movimientos. Pero tales articulaciones posibles nunca serán del todo fijas.

En gran parte de la literatura crítica del desarrollo que examina el tema de los movimientos sociales, el análisis de clase aún tiene una influencia central. Se puede, sin embargo, hacer la siguiente pregunta: ¿son las clases o los movimientos sociales lo que constituyen los agentes fundamentales del cambio histórico? El problema con esta pregunta es que presupone la obviedad y transparencia de la categoría «clase». En otras palabras, tiende a ocultar el hecho de que «clase» es siempre una respuesta a una pregunta más primaria acerca de la constitución inicial del sujeto social. Brevemente, podemos identificar tres dificultades principales respecto al análisis de clase tal como aparece en la literatura radical.

1. Se da por sentado que la clase tiene «intereses objetivos», que resultan de la estructura total de las relaciones de clase, y que la función que se sigue, a priori, como la base necesaria para la movilización de actores, está divorciada de un análisis que atiende a la constitución variada del sujeto social o la dinámica de los deseos colectivos. El fracaso de las clases para ser conscientes de sus «intereses» crea el terreno para la noción de «falsa conciencia».

2. A menudo se presupone que una clase en lucha, por ejemplo el proletariado, tiene una conciencia que emana de sus raíces y llega hasta la producción.

3. Con frecuencia, la clase trabajadora ha sido entendida como el - a priori - sujeto social revolucionario central, dispensándose así de la necesidad de explicar el proceso por el cual variadísimas formas de la subjetividad política se constituyen, y por qué la propensión a actuar colectivamente podría o no podría emerger en ciertas circunstancias específicas.

¿Qué es entonces subjetividad en este contexto? Querría sugerir que la subjetividad puede ser interpretada en términos de la conciencia de los individuos y los pensamientos y emociones inconscientes, en un sentido interno de identidad, y como los modos para comprender y expresar la relación con el «afuera» social. Dentro de este tipo de marco interpretativo nos colocamos lejos de cualquier esencialismo de la subjetividad o de concebirla como un núcleo central privilegiado de donde se irradia sentido hacia esferas externas de la conciencia individual.

De este modo, puede sostenerse que en cada individuo existen múltiples posiciones subjetivas que corresponden tanto a las diferentes relaciones sociales en las que

el individuo se inserta y a los discursos que constituyen esas relaciones. Todas estas relaciones son la base de las posiciones subjetivas y cada agente social es, por consiguiente, el asiento de muchas posiciones subjetivas más que de una. Por otra parte, cada posición subjetiva es ella misma el punto de varias construcciones discursivas posibles; así la subjetividad de un agente social dado nunca puede ser fijada finalmente (Mouffe). Estas y otras ideas similares a menudo han sido abreviadas en la frase «el descentramiento del sujeto social».

Esta aproximación a la constitución de identidades es también muy relevante para la comprensión de los nuevos movimientos sociales y para repensar la democracia. Por ejemplo, los sujetos constituidos sobre la base de ciertos derechos, pueden encontrarse juntos en una posición por medio de la cual aquellos derechos e identidades son negados o socavados por el choque o la incursión de otras prácticas. Esta negación puede formar la base para la emergencia de un antagonismo; por ejemplo, los casos del desarrollo de los movimientos por los derechos humanos o el movimiento ecológico pueden ser vistos en este contexto. Por otro lado, podría haber una situación en la cual los sujetos que han sido constituidos por un conjunto de discursos como sujetos subordinados son, al mismo tiempo, interpelados como iguales por otros discursos. Para Mouffe, esto es evidencia de una «interpelación contradictoria», aunque como en el primer caso se forma una posición particular del sujeto como negación, en esta instancia es la «subjetividad-en-subordinación» lo que se convierte en negación, suministrando la posibilidad para su deconstrucción y disputa. Esta segunda forma de antagonismo puede ejemplificarse en relación al movimiento de las mujeres, los movimientos antirracistas e indigenista, y los movimientos de liberación nacional.

Estos elementos de un acercamiento a la subjetividad contrastan marcadamente con la perspectiva tradicional para encontrar una teoría radical del desarrollo. Aquí, el sujeto es predominantemente un sujeto de clase, esencializado y centrado. Uno de los argumentos fascinantes del análisis de clase de las sociedades del Tercer Mundo ha girado en torno de nociones de marginalización. ¿Hasta qué punto fue posible y deseable aplicar los conceptos de ejército de reserva industrial y población con superávit relativo a sociedades que no han pasado por un proceso completo de transformación capitalista? ¿Fue posible hablar de una masa marginal o de un polo marginal de la economía? ¿Cómo fueron explicados esos otros pueblos que no entraron fácilmente en las categorías habituales del análisis de clase del marxismo tradicional? Tradicionalmente, lo «informal» y lo «marginal» han sido conceptos usados para reforzar las categorías centrales de clase, pero bajo la presu-

posición de reforzarlos, el carácter extrínseco de esos grupos a menudo ha tenido un efecto subversivo en la efectividad explicativa del análisis de clase.

A esto se agrega la potencial subversividad de lo «marginal», como sujeto social, al menos en el pasado, que ha presentado un gran interés para los investigadores y políticos liberales, mientras que en el trabajo marxista el foco de atención se ha dirigido mucho más hacia los problemas de la clasificación económica³. Irónicamente es en el actual discurso neoliberal que lo marginal y lo informal se vuelven ambos románticos en un sentido tanto «económico» como «político»; especialmente, como portadores de la iniciativa productiva al margen de la regulación y la atención restrictiva del Estado, y como la nueva expresión del individualismo, la creatividad y el progreso personal en un mundo hostil - por el ahora célebre, si no luminoso, «otro sendero» de de Soto -.

En algunas posiciones posmodernas, lo «marginal» está muy bien visto - está de moda - ser «marginal». Estar en los márgenes es estar en una posición que abre grandes posibilidades de crítica y suspicacia; en cierto sentido, el posmoderno ha tomado los viejos mitos negativos de la marginalidad y los ha puesto patas para arriba, dotándolos de un sentido subversivo y positivo. Algunas veces, sin embargo, esto puede desviar la atención analítica en dirección opuesta a los diferentes contextos en los que los grupos subalternos están obligados a sobrevivir, y aparecen, por ejemplo, los «squatter-wise» en condiciones de creciente polarización social, inestabilidad política y carencia material. Sin contar con que, por ejemplo, la expresión «resistir el sistema» tiene una pluralidad de significados, desde el aprovechamiento de la información secreta para hacer cientos de millones en la bolsa, hasta las actividades hechas «a la luz de la luna» de los trabajadores inmigrantes de bajos ingresos. Y, en la periferia, «resistir el sistema» es cada vez más una condición para una supervivencia de alto riesgo.

Debería quedar en claro, dados los datos sobre micro-empresas referidos más arriba, y también en el contexto de algunas otras fuentes de información, que los movimientos sociales de hoy, las protestas, los nómadas organizados del presente, no pueden ser comprendidos fuera del mundo «informal» de ese «otro» desarrollo. Al mismo tiempo, hay otras tendencias: en algunos casos, la violencia de las organizaciones guerrilleras como Sendero Luminoso en Perú; el insidioso crecimiento de la disrupción y dislocación sociales, consecuencia del fortalecimiento de la narco-economía; y en otras instancias, quizás la más dispersante de todas, la profundización de la pobreza y la crisis socio-económica todas estas tendencias crean la salida y las

³Para unainteresante crítica de ésta posición, véase el artículo de *Camacho*, sobre Colombia.

conexiones espontáneas de los movimientos sociales, especialmente en el desarrollo de la colectividad, de lejos los más problemáticos -. Al mismo tiempo, con la expansión de la pobreza extrema, encontramos tendencias hacia un grado mayor de exclusión que de participación, y aquí las cicatrices de la pobreza no son solamente visibles exteriormente - también están las cicatrices interiores, el impacto psíquico de la carencia y la exclusión continuas (Rodríguez Rabanal) -. En un estudio de las barriadas en Lima, se ha encontrado que la profundización de la pobreza redujo las capacidades de la gente para la organización colectiva, y esta conclusión ha sido sostenida en una discusión más general sobre los movimientos de mujeres en Perú. Vargas, por ejemplo, nota que la exacerbación de la crisis económica hace que sean mucho más difíciles de sostener los sistemas de cooperación y movilización. Esto no significa decir que el movimiento está quebrado, más bien indica que la extrema pobreza debilita las posibilidades de la democratización popular y de la sociedad civil. Como señala Feijóo, la pobreza no es la fuente de las demandas de la transformación revolucionaria sino más bien es el abismo de la pasividad; redes de supervivencia y cooperación llegan a ser y adquirir una elasticidad que es significativa pero nunca garantiza ser permanente.

El Desarrollo como forma de tener poder

En América Latina, los movimientos sociales que han emergido durante el reciente período - movimientos urbanos en todos los países del continente, un fuerte movimiento ecológico en Brasil, y en grado menor en México y algunos de los países andinos, derechos humanos en Argentina y Chile, movimientos indígenas en Bolivia y Ecuador, movimientos cívicos y regionalistas en Colombia y Perú, y un movimiento de mujeres en todos los países y con una extensa red continental - han tenido un gran número de efectos, tanto nacional como internacionalmente. Nuevos temas han sido colocados en las agendas políticas, y en particular la cuestión de la democracia. Mientras el modelo de desarrollo cubano, con su Estado fuerte, crecientemente comienza a ser visto como la cara autoritaria del socialismo, el modelo nicaragüense de democracia revolucionaria, con su garantía como parte de la estructura de cambio político, ha visto decaer su influencia. El optimismo del deseo, expresado a través de los movimientos sociales contemporáneos, representa al poder como la capacidad y el deseo de actuar y obtener efectos. No se trata del poder total, o a expensas de él, sino el poder de crear a través de la resistencia. En una era de dominación estructural e individualismo posesivo, la definición oficial de «desarrollo» es la negación de la colectividad y la expansión lógica de la democracia. La doctrina oficial del desarrollo lleva en sí no sólo polarización y pobreza sino también un sentido de la desilusión y el extrañamiento. Los movimientos de pro-

testa ofrecen un horizonte alternativo; no sólo en términos de sus prácticas y sus resistencias sino también en términos del modo en que pueden subvertir los sentidos oficiales del desarrollo, y las normas convencionales de hacer política.

Temas éticos y políticos han sido llevados al centro del debate; el desarrollo es vuelto a observar en términos de un propósito humano, de un imaginario de necesidades y deseos que signan las posibilidades de un horizonte emancipatorio. Las lecturas críticas del desarrollo tienen cada vez más en cuenta la relevancia y el impacto de los movimientos sociales contemporáneos; por ese camino no se está lo suficientemente lejos de analizar las estructuras de dominación y opresión - las formas de resistencia y el forjamiento de rutas alternativas hacia horizontes abiertos también invoca la atención analítica -. No es accidental que un número creciente de consideraciones de la teoría del desarrollo se abra hacia cuestiones que conciernen a los movimientos sociales. Durante mucho tiempo los temas del cambio político fueron estrechados en la segura camisa de fuerza de la clase y el capital; la potencia impredecible de la subjetividad y la fuerza humanas fue anestesiada y absorbida dentro de la meta-narrativa de la acumulación de capital y la lucha de clases. Pero los muros de la fortaleza analítica se están desmoronando rápidamente. Y como ellos, se desmoronan también las fronteras del desarrollo y la cortante herramienta de los movimientos sociales se encuentra cada día más cerca. Es aquí, en esta zona de margen, donde muchos de los replanteamientos que es necesario hacer pueden tener su espacio, y para aquellos encargados de combatir contra la doctrina oficial del «desarrollo» es también aquí donde una nueva «literatura de combate» puede tener su comienzo.

Traducción: Raquel Ardiz

Referencias

- CAMACHO, A.: «Informalidad política. Movimientos sociales y violencia» en Nueva Sociedad, N° 106, 3-4/1990, pp. 36-49.
- DER DERIAN, J. y M. SHAPIRO (eds.): *International/Intertextual Relations. Postmodern Readings of World Politics*, Lexington, 1989.
- DE SOTO, H.: *The Other Path. The invisible revolution in the Third World*, Harper and Row, Nueva York, 1989.
- CEPAL: *Preliminary Overview of the Economy of Latin America and the Caribbean*, Santiago de Chile, 1989.
- FANON, F.: *The Wretched of the Earth*, Penguin, Harmondsworth, 1969.
- FEIJOO, M.: «La pobreza latinoamericana revisitada» en Nueva Sociedad, N° 108, 7-8/1990, pp. 28-36.

- FISHLOW, A.: «Streamlining the State», en hemisfile, 1/1990, pp. 1-2.
- GHAI, D. y C. HEWITT DE ALCANTARA: «The Crisis of the 1980s in Sub-Saharan Africa, Latin America and the Caribbean», en Development and Change, Vol. 21, N° 3, 7/1990, pp. 389-426.
- MELUCCI, A.: Nomads of the Present. Social movements and individual needs in contemporary society, Hutchinson, Londres, 1989.
- MOUFFE, C.: «Hegemony and New Political Subjects: Toward a New Concept of Democracy» en Nelson, C. y L. Grossberg (eds.): Marxism and the Interpretation of Culture, University of Illinois Press, Urbana, 1988, pp. 89-101.
- ORTIZ, Q.: «Continental Front: Struggle for Democracy» en The Other Side of Mexico, N° 16, 5-6/1990, pp. 8-10.
- RODRIGUEZ RABANAL, C.: Cicatrices de la pobreza: un estudio psicoanalítico, Nueva sociedad, Caracas, 1989.
- SLATER, D.: «Nuevos Movimientos Sociales y Viejas Preguntas Políticas», Revista Foro, N° 8, 1989, pp. 4-19.
- TOKMAN, V.E.: «Economic Development and Labor Markets Segmentation in the Latin American Periphery» en Journal of Interamerican Studies and World Affairs, Vol. 31, N° 1-2/1989, pp. 23-47.
- TORRICO, E.R.: «Bolivia: el rediseño violento de la sociedad global» en Nueva Sociedad, N° 105,12/1990, pp. 153-163.
- VARGAS, V.: «The Women's Movement in Peru: Streams, Spaces and Knots» en European Review of Latin American and Caribbean Studies, 6/1991.
- WORLD BANK: World Development Report 1990, Oxford University Press.